Personaje incómodo
Ricardo García Cárcel
pág. 52

Un heredero maldito
Carlos Blanco Fernández
pág. 54

El año negro de Felipe II
Emilia Salvador Esteban
pág. 60

La construcción del mito
Ricardo García Cárcel
pág. 65

Retrato del príncipe *Don Carlos*, en su adolescencia (por Alonso Sánchez Coello, Madrid, Museo del Prado).

DON CARLOS

el príncipe de la Leyenda Negra

Hijo de Felipe II, su muerte en cautiverio en el Alcázar de Madrid, en 1568, hizo de Don Carlos uno de los personajes más enigmáticos de la Historia de España, al que la Leyenda Negra presentó como víctima del fanatismo de los Austrias. La preparación de una película sobre su final pone de actualidad su triste figura

Personaje INCÓMODO

¿Fue un principe rebelde, un loco peligroso o la víctima de un padre tiránico? Incómodo para la historiografía española, Don Carlos ha sido hasta ahora más mitificado que estudiado, como sostiene **Ricardo García Cárcel**

En el cuadro *El príncipe Don Carlos y el duque de Alba* se retrata el momento en que el heredero de Felipe II descubre que no mandará las tropas españolas en Flandes, por José Uría y Uría (Madrid, Museo del Prado)

Felipe II. Busto de plata policromada de Pompeo Leoni (Viena, Kunsthistorisches Museum).

Don Carlos constituye uno de los personajes más enigmáticos de la Historia de España. Su agitada vida de príncipe de trato difícil, con problemas psicológicos que inquietaron en la Corte respecto al futuro de la propia monarquía y, sobre todo, su precoz y oscura muerte, que puebla de sombras, dudas y sospechas la conducta de su padre, Felipe II, marcan el interés del personaje histórico de Don Carlos y, al mismo tiempo, subrayan las dificultades para abordarlo con la objetividad deseable. Y ello porque Don Carlos no sólo es una figura histórica, que murió en 1568, sino que pertenece a la galería de los mitos que componen la Leyenda Negra contra Felipe II, como testimonio radical de la trascendencia de la razón de Estado, como ejemplo de los extremos fanáticos a los que puede conducir el enfrentamiento entre un padre y un hijo y, por último, como signo indicador de la necesidad de liderazgo de un pueblo oprimido por un rey déspota...

Soslayado por la pintura y el cine

La instrumentalización, como puede verse, es múltiple. En España, en cualquier caso, ha pesado siempre mucho la necesidad del discurso políticamente correcto a la hora de abordar el personaje de Don Carlos. Es muy significativo que la pintura histórica del siglo XIX, a la que tanto fascinó la época de los Austrias, no se ocupase de él. Hemos de recordar, asimismo, que el cine épico de la postguerra española, que tantas películas dedicó a los hechos gloriosos de la Historia moderna española y a muchos de sus personajes emblemáticos, soslayó deliberadamente alusión alguna a nuestro personaje.

Ricardo García Cárcel es catedrático de Historia Moderna, Universitat Autònoma de Barcelona.

Los recientes congresos sobre Felipe II, pese a los miles de páginas dedicadas a este rey han pasado por el *affaire* Don Carlos como sobre ascuas. Ni siquiera el pequeño libro-drama de Fernández Álvarez sobre Don Carlos ha sido reeditado. ¿Por qué este silencio?

Sin duda, porque sigue presente la necesidad de no manchar la memoria histórica del rey Felipe II en un contexto histórico en que la Leyenda Negra tiene que ser enterrada bajo montañas de leyenda rosa. Los autores de este dossier, que cuestionamos la Leyenda Negra tanto como la rosa, que ambas sólo nos importan como testimonios de la interesada manipulación histórica, como indicadores de la importancia que tiene el ejercicio de la representación histórica, abordamos el tema sin prejuicios ni hipótesis previas. Curiosamente, el cine español también se apresta a terminar con la señalada laguna y, mientras se preparaba este dossier, se estaba gestando una película sobre el desgraciado hijo de Felipe II, dirigida por Jaime Camino.

Con la ilusión de sentirnos, en cierto modo, pioneros de un necesario ejercicio de recuperación de la memoria histórica en torno a un interesadamente olvidado personaje histórico, presentamos estos artículos sobre Don Carlos, que se mueven en las dos dimensiones posibles del mismo: la realidad histórica y el mito, con la voluntad de clarificar si aquel príncipe rebelde fue un peligroso psicótico o una víctima de un padre tiránico, o quizá ambas cosas.

Un heredero MALDITO

Enfermizo, agresivo y conspirador, el primogénito de Felipe II se convirtió en una pesadilla para su padre, que le encerró en el Alcázar de Madrid, donde no tardó en morir. **Carlos Blanco Fernández** reconstruye su triste vida

Don Carlos ha sido, y sigue siendo, un personaje histórico plagado de enigmas. Su corta vida –murió el 24 de julio de 1568, a los 23 años– está llena de imprecisiones y lagunas. El propio Cabrera de Córdoba, en su clásica *Historia de Felipe II*, publicada en 1619, 51 años después de la muerte del príncipe, aludía a la distorsión de la verdad provocada por los rumores que circulaban sobre los hechos de 1568: "...El Rey tiene mala satisfacción del príncipe Don Carlos, su desavenencia y causas...".

Hay que delimitar claramente qué hay de realidad firme, segura e incuestionable en el *affaire* de Don Carlos y qué dudas quedan abiertas e insuficientemente aclaradas.

En el ámbito de los hechos, dos cosas son evidentes: el apresamiento y la muerte del príncipe, junto a su singular perfil personal y las difíciles relaciones con su padre.

En el Alcázar de Madrid, la noche del 19 de enero de 1568 estuvo marcada por el paso apresurado de una veintena de hombres armados. Al frente de ellos iba el propio rey Felipe, flanqueado por miembros del Consejo de Estado, como el príncipe de Éboli, el duque de Feria,

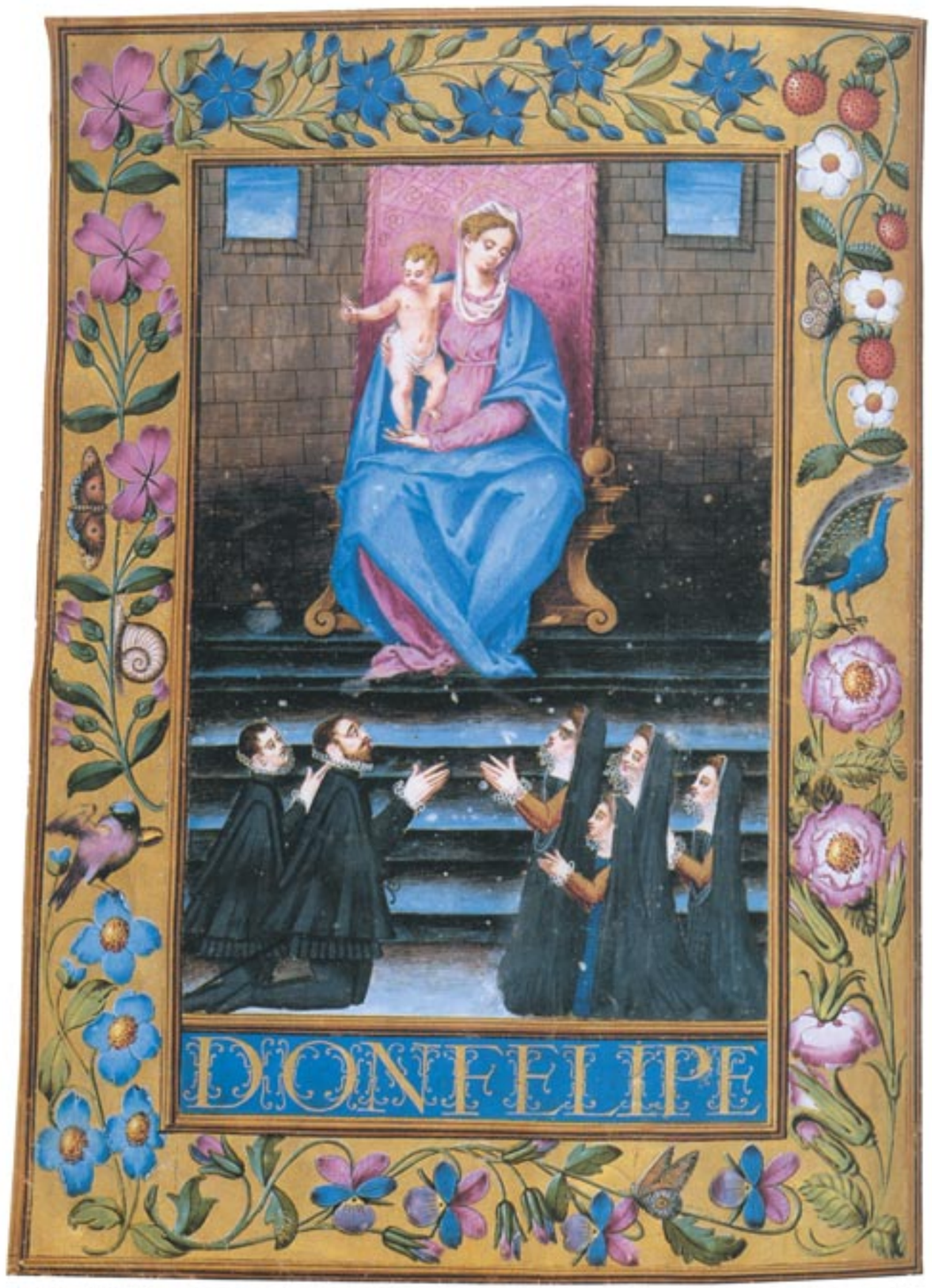
María de Portugal, madre de Don Carlos, por Antonio Moro (Madrid, Descalzas Reales).

el prior don Antonio de Toledo y don Luis de Quijada. Su objetivo era claro, evitar la huida de Don Carlos de la Corte, tal y como el Rey y su consejo privado habían acordado aquel mismo día. El éxito del plan se basaba en la rapidez y en la sorpresa. Conociendo que Don Carlos había ordenado instalar en sus aposentos un mecanismo para abrir y cerrar la puerta de acceso desde la cama, el primer paso consistía en anularlo sin que el príncipe se percatase y facilitar la entrada. Una vez dentro de la alcoba, la prioridad pasaba por evitar la reacción del príncipe, que no tuviese tiempo de utilizar la espada, el puñal o el arcabuz cargado que tenía junto a la cabecera de la cama. En la ejecución de esta segunda fase, Don Carlos se desveló, y a la pregunta de "¿Quién va?" alguien de entre las sombras respondió: "El Consejo de Estado".

Madrid, aislado

Mientras se procedía a la confiscación y registro de la documentación personal, a Don Carlos se le comunicaba su apresamiento en los aposentos que tenía asignados en el Alcázar. De forma simultánea, dada la importancia de su decisión y el impacto que podía causar en el resto de las cortes europeas, Felipe II prohibía la salida de cualquier correo de Madrid. Su intención era informar del suceso personalmente. Al primero al que se le dio la noticia fue al embajador del Imperio. Inmediatamente después, convocó por separado a los diferentes Consejos para notificarles la decisión que había adoptado y, en los días siguientes, envió cartas a su abuela Catalina de Austria (reina de Portugal), al pontífice Pío V, a los Grandes de España, a ciudades, obispos, Reales Audiencias, así como a generales y provinciales de las diferentes órdenes religiosas. En todas ellas se limitaba a informar y a justificarse de for-

Carlos Blanco Fernández es historiador, Universitat Autònoma de Barcelona.



Felipe II y su heredero rezan a la Virgen, en esta ilustración de las *Ordenanzas del Consejo Real* (Archivo General de Simancas).

Detalle de una vista de la **construcción del Monasterio de El Escorial**, atribuida a Juan de Herrera, 1576 (colección del Marqués de Salisbury, Gran Bretaña).

ma muy vaga. Francia e Inglaterra no fueron puestas al corriente directamente por el Rey, sino por medio de los embajadores ordinarios con instrucciones muy precisas sobre cómo y de qué manera tenían que llevar a cabo su cometido. Al principio se generalizó un sentimiento de lamentación por Don Carlos, pero casi todo el mundo aceptó la decisión y la versión dada, puesto que se interpretaba como una situación temporal.

A medida que el cautiverio se iba alargando, Felipe se vio en la obligación de informar al Papado y a Maximiliano II sobre los motivos que le habían llevado a ordenar la prisión del príncipe. Las razones que apuntaba descansaban sobre la duda de si su sucesor disponía de las capacidades necesarias para gobernar cuando él faltase.

La trágica y repentina muerte de Don Carlos no tuvo tanta repercusión como la de su apresamiento. El aparato político y diplomático de la Monarquía había logrado neutralizar las voces oficiales del exterior con su actuación tras la detención del príncipe. Desde el exterior, las muestras de condolencia se entremezclaron con el interés puesto en quién sería el sucesor de Felipe II. En el interior, el dolor por la muerte de Don Carlos fue acompañado por el temor a la llegada de un nuevo príncipe extranjero como sucesor de Felipe II.

Nacido en Valladolid en la noche del 8 de julio de 1545, Don Carlos era el primer hijo del matrimonio formado por el entonces Príncipe de Asturias, Felipe, y María de Portugal. La felicidad por el nacimiento del niño, que aseguraba un heredero para la casa de Austria, se tornó pronto en luto por el fallecimiento de la princesa cuatro días más tarde. Con apenas dieciocho años, Felipe ya era viudo y padre de un niño al que casi no vio crecer.

De su cuidado se encargó primero doña Leonor de Mascareñas, dama portuguesa que ya había sido niñera del propio Felipe. Posteriormente pasó a manos de sus tías, doña María y doña Juana de Austria. Las ausencias de Felipe del territorio castellano en dos ocasiones, la primera con motivo de su visita a los dominios del Imperio (1548-1551) y la segunda coincidiendo con su matrimonio con María Tudor (1554-1559), no hicieron más que acrecentar la falta de contacto entre ambos. La ausencia de una figura paterna próxima no pudo ser suplida ni por su ayo, don Antonio de Rojas, ni por los diferentes encargados de su educación, como fray Juan de Muñatones y Honorato Juan. A su regreso en 1559, ya como titular de la Corona, Felipe no sólo se encontró ante una situación diferente a la que había dejado en 1554, sino que además se hallaba ante un hijo de catorce años, en la práctica casi un desconocido para él, y al que urgía jurar en Cortes como nuevo Príncipe de Asturias, cosa que sucedió en la ciudad imperial de Toledo el 22 de febrero de 1560.

Compañero de don Juan de Austria

Desde octubre de 1561 hasta el verano de 1562, Don Carlos tuvo su residencia en Alcalá de Henares, acompañado por dos miembros más de la familia real, su tío don Juan de Austria y su primo Alejandro Farnesio. El motivo de su marcha de la Corte respondía a los continuos ataques de fiebres que venía sufriendo desde hacía un par de años. A pesar de haberse hablado de lugares próximos a la costa mediterránea, como Gibraltar, Málaga o Murcia, se optó por la ciudad complutense por motivos tanto económicos como por su proximidad a la Corte, instalada en Madrid desde el mismo año de 1561. El príncipe se alojaba en el palacio que los arzobispos de Toledo tenían en el lugar y en el cual ya había vivido en algún momento anteriormente.

En 1561, Don Carlos casi murió de una caída por las escaleras, mientras perseguía a la hija del portero de su palacio

Pero en la primavera, para ser exactos el 19 de abril, don Carlos cayó por las escaleras del palacio mientras perseguía a la hija del portero. Su estado comatoso durante un largo periodo de tiempo y la ineficacia de los remedios aplicados, como una trepanación sugerida por Vesalio, hicieron pensar en un fatal desenlace, por lo que el propio monarca ordenó preparar sus exequias. Dado por desahuciado, y por consejo del duque de Alba, se ordenó exhumar los restos de fray Diego de Alcalá, un fraile franciscano local que había muerto en olor de santidad casi una centuria antes, y colocarlos junto al príncipe. A su vez, Felipe II recurrió, como última oportunidad, a los conocimientos médicos de un morisco valenciano, conocido como Pinterete, famoso por sus misteriosos ungüentos. Finalmente, el enfermo mejoró de sus heridas rápidamente. Oficialmente, se responsabilizó de esa recuperación a la intercesión de Diego de Alcalá, ya que el príncipe aseguró que el monje se le había aparecido durante su convalecencia. En agradecimiento, el propio monarca impulsó y respaldó el proceso de canonización de fray Diego, que fue elevado a los altares en 1568.

A pesar que Don Carlos ya había mostrado síntomas de su carácter inestable, como informan los diferentes embajadores extranjeros, en la Corte los sucesos de Alcalá significaron el punto de partida de las discrepancias entre padre e hijo.

La primera confrontación seria se produjo en 1564. Carlos contaba ya casi veinte años y todavía no ocupaba un cargo político de importancia, cuando su padre a los dieciséis ya había recibido el encargo de gobernar los territorios de la Península en ausencia de Carlos V. Antes de volver a Castilla en 1559, el propio Felipe había prometido a sus súbditos flamencos el envío de Don Carlos para el gobierno de aquellas tierras. Los reproches que le hizo en ese sentido el príncipe posibilitaron que, a los pocos meses, se le otorgara una plaza en el Con-

Retrato del príncipe **Don Carlos,** por Alonso Sánchez Coello (Viena, Kunsthistorisches Museum).

LOS PROTAGONISTAS

María de Portugal (Coimbra, 1527-Valladolid, 1545)
La primera esposa de Felipe II era hija de Juan II de Portugal y Catalina de Austria, sobrina del emperador Carlos V. A pesar del parentesco entre ambos, Carlos V insistió en un enlace que aportaba a sus empresas políticas dinero de Portugal, en fase de expansión. La boda se celebró en Salamanca en 1543. La princesa, blanca y rubia, era tímida y reservada. Murió a consecuencia del parto del príncipe Don Carlos y Felipe, que actuaba como gobernador de los reinos penínsulares en ausencia de su padre, se retiró a un convento en los primeros días de luto.

Juan de Austria (Ratisbona, 1545-Namur, 1578)
El hermano de Felipe II era hijo bastardo de Carlos V y Bárbara Blomberg. Durante un tiempo fue a la Universidad de Alcalá con el príncipe Don Carlos. En 1568 fue nombrado general de los Mares, pero poco después de tomar el mando estalló la sublevación de los moriscos y el Rey le puso al frente de la tropa encargada de reprimirla. Participó como generalísmo en la batalla de Lepanto (1571). Tomó después Túnez (1573). En 1576 fue nombrado gobernador de Flandes, donde hubo de reconocer la autoridad de Guillermo de Orange en Holanda y Zelanda. Murió de tifus en Namur, a los 33 años.

Isabel de Valois (Fontainebleau, 1546-Aranjuez, 1568)
Hija de Enrique II y de Catalina de Médicis, se educó junto a María Estuardo. Se negoció su matrimonio con el príncipe Don Carlos, pero a la muerte de María Tudor, segunda esposa de Felipe II y tras la negativa de Isabel I de Inglaterra a la propuesta matrimonial del rey de España, Isabel de Valois se casó con Felipe II, con quien se reunió en Guadalajara en 1560. El rey tenía 32 años; la reina, 14. Fue el matrimonio más dichoso del monarca e Isabel fue feliz, como reflejan sus cartas. Tuvieron dos hijas: Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela.

III Duque de Alba (Piedrahita, 1507-Lisboa, 1582)
Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel tuvo una importante acción política y militar en los reinados de Carlos V y Felipe II. Estuvo al frente del ejército de Italia en la guerra con el papa Paulo VI, el de los ejércitos de Flandes cuando estalló la rebelión y de la conquista de Portugal. Su represión de la protesta en los Países Bajos fue tajante y durísima. Mandó ejecutar a los condes de Egmont y Horn y su Tribunal de los Tumultos fue bautizado por los flamencos como "Tribunal de la Sangre", contribuyendo mucho a la Leyenda Negra.

Detalle de la **fachada principal del Alcázar** de Madrid, por Antón van der Wyngaerde (Viena, Österreichische Nationalbibliothek).

Secuencia 48: Baile en Palacio

Patio del Alcázar de Madrid, exterior, noche (fragmento del guión de la película que dirige Jaime Camino)

Un grupo de jóvenes danza. Entre ellos, Juan de Austria y la princesa de Éboli. La Reina no baila. Se separa del grupo y va al encuentro de Don Carlos, sentado solo en un banco apartado, compungido y sollozante. Ella toma asiento junto a él.

Isabel: ¿De dónde ese aire tan triste, Carlos?

Carlos se mantiene con la cabeza baja, luego toma de una mano a Isabel. Habla con un tono raro, dislocado

Carlos: ¿Por qué? ¿Por qué me hacéis esto?

Ahora la mira fijamente, con ojos húmedos. La Reina no entiende por dónde van los tiros.

Carlos: Nadie me quiere, Isabel, nadie.

Isabel: ¡Mon pauvre Carlos! ¿Qué sucede?

Carlos: ¿También vois estáis contra mí?

Isabel mira estupefacta a ese hombre lloroso, desencajado.

Carlos: Te amo, Isabel, querida Isabel, eres lo único que me queda en este mundo.

Isabel le acaricia con ternura los cabellos.

Isabel: Carlos, moi aussi je t'aime bien. Siempre seré tu amiga.

Carlos murmura: Amiga...

Intenta besarla y ella lo rehúye. Le mira a los ojos.

Isabel: Sí, tu mejor amiga.

Carlos le aprieta con fuerza una muñeca. Isabel le quita la mano con entereza y se aleja precipitadamente.

Con la mirada perdida, Carlos respira con

sejo de Estado. Pero ese cargo no le satisfizo, ya que pronto pudo comprobar cómo las cuestiones más importantes para el gobierno de la Monarquía no se debatían en las sesiones, sino en consultas privadas con consejeros que gozaban de mayor confianza.

El retraso de las Cortes de la Corona de Aragón en proclamarlo heredero de esos reinos constituyó un nuevo capítulo negativo entre padre e hijo. Sus dolencias imposibilitaron su presencia en Monzón, en 1564, para jurar los fueros y Felipe II intentó que lo reconociesen por procuración. Los participantes en las Cortes se negaron a ello, por lo que el monarca, tras pasar por Barcelona y Valencia, se vio obligado a marchar de sus dominios aragoneses sin haber logrado designar un heredero.

Pero al margen de lo político, lo que realmente minaba la relación entre padre hijo fue la propia cotidianeidad. El propio modo de ser de Don Carlos, con abundantes muestras de bestialismo, donde lo excéntrico predominaba sobre la racionalidad, erosionaban las esperanzas puestas en él por Felipe II. Los signos de su escasa lucidez mental fueron evidentes en su infancia. Hasta los tres años no fue capaz de hablar y hasta una edad muy avanzada no aprendió a leer y a escribir. Su temperamento agrio y malhumorado iba acompañado por taras físicas –una cojera causada por la desproporción de sus miembros, que le obligaba a caminar ligeramente curvado, un tartamudeo característico en el que le costaba pronunciar la "r" y la "l", etc...– y por una delicada salud, agravada desde 1560 por continuos ataques de fiebres. A su pésima condición física hay que sumar sus excesos en la mesa y su nula afición al ejercicio. Todo ello hizo que se pusieran en duda sus capacidades reproductoras, ya que con veinte años aún no había tenido contacto carnal con mujer. Con objeto de acallar esos rumores, el propio príncipe ordenó la presencia de varios notarios y miembros de la Corte para que asistieran y dieran fe de cómo podía llevar a cabo el acto sexual con total normalidad.

> Los excesos y las muestras de bestialismo de Don Carlos erosionaban día a día las esperanzas puestas en él por Felipe II

¿Muerte natural o asesinato?

La naturaleza de la muerte de Don Carlos ha suscitado un enjambre de posibilidades, tanto en lo que se refiere a las causas como al modo y a las circunstancias. En primer lugar, la de si fue muerte natural o asesinato. La opción más draconiana y más exitosa ha sido aceptar el homicidio como final de un largo enfrentamiento entre padre e hijo. No hace falta recalcar que su autoría, en mayor o menor grado, siempre se le ha imputado a Felipe II. El cómo varía según la versión. Se ha hablado con morbosidad desde una muerte lenta, producto de un envenenamiento, hasta una más violenta, como la asfixia por estrangulamiento, con la almohada, mientras dormía, e incluso la decapitación.

La realidad parece acercarse más a la opción de la muerte natural. Dada la debilidad física del príncipe, cabe que las condiciones del cautiverio mermaran su salud hasta provocarle la muerte. El suicidio por inanición parece la causa más plausible de su fallecimiento. Desde que se inició su cautiverio, Don Carlos llevó a cabo diversas tentativas suicidas que acabaron en fracaso, como la ingestión de un anillo. Rechazó la comida que se le daba y no, como se ha apuntado, por temor a morir envenenado, sino porque no tenía otra manera para morir. No disponía de ningún arma y se habían tapiado y enrejado las ventanas y la chimenea para evitar que se lanzara al vacío. ¿Se puede culpar a Felipe II de dejar de morir a su hijo? Ni la posibilidad de la muerte natural le libra de la sospecha.

Retrato de **Isabel de Valois**. Carboncillo de Antonio Campi, preparatorio para el retrato de la reina (Oxford, Christ Church).

Escultura orante del príncipe **Don Carlos** por Pompeo Leoni (Real Monasterio de El Escorial, Patrimonio Nacional).

¿Qué causas pudieron haber llevado a Felipe II a ordenar el arresto de su hijo y su posible ejecución? Al monarca no le faltaban motivos y, como en la muerte, las explicaciones que se han dado han sido múltiples. La versión más rosa abunda en los supuestos amores entre el príncipe e Isabel de Valois. Antes de contraer matrimonio con Felipe II, ya se había hablado de ella como candidata a ser esposa de Don Carlos. La amistad entre ambos es conocida: cuando Isabel llega a la Corte, rápidamente entra en contacto con los miembros de la familia real más cercanos en edad, como el propio Don Carlos o don Juan de Austria. Y las muestras mutuas de simpatía y de preocupación son abundantes, pero no signos evidentes de una relación amorosa ilícita.

Todo ello entronca con la cuestión del matrimonio del príncipe. Dentro de la compleja política matrimonial de los Habsburgo, el caso de Don Carlos planteaba un amplio abanico de posibilidades. Su condición de heredero de la Corona suponía la obligatoriedad de escoger según los intereses de la Monarquía. Ya hemos hablado de la posibilidad de Isabel de Valois, pero tras los acuerdos de Cateau-Cambresis (1559) ésta pasaba a casarse con el propio Felipe II. La monarquía francesa pensó entonces en la hermana menor de la reina, Margarita, pero las negociaciones no llegaron a fructificar. Otra opción era la de María Estuardo, que siendo reina de Escocia encarnaba las aspiraciones católicas al trono protestante de Inglaterra. Las propuestas castellana y portuguesa se centraron en la candidatura de doña Juana de Austria, hermana de Felipe II y mucho mayor en edad que el príncipe.

La opción de Viena

Todas ellas fueron rechazadas. La única que estuvo a punto de materializarse fue la opción presentada desde Viena. En la segunda mitad de la década de los sesenta, se produjo un proceso de aproximación y de fortalecimiento de las relaciones entre las dos ramas de los Habsburgo, que cristalizaron con la llegada de los archiduques Alberto y Rodolfo a la corte de Madrid. Pero el proyecto más ambicioso de ese acercamiento era el del matrimonio entre Carlos y la hija del Emperador, Ana de Austria. Todo parece indicar que hacia 1565 las negociaciones se encontraban muy avanzadas, pero el acuerdo nunca se oficializaba. El matrimonio con Ana de Austria no sólo interesaba a Felipe II y a Maximiliano II. El propio Carlos hizo pública devoción por su prima, ya que casarse con la hija del Emperador actuaría como elemento de presión sobre su padre para darle el gobierno de un territorio o cederle más protagonismo en la política de la Monarquía. La cautela de Felipe II fue la causa del retraso de la oficialización del matrimonio.

La espina de Flandes

También se ha hablado de razones políticas en combinación con factores religiosos. La rebelión de los Países Bajos y la presencia de los condes de Egmont y de Horn en Madrid, entre 1565 y 1567, hicieron ver posibles contactos entre Don Carlos y los rebeldes holandeses. Las ansias de poder del príncipe y su malestar por la designación de Alba para sofocar la rebelión, con intento de asesinato incluido, consolidaron el éxito del argumento. Se ha llegado a decir que el proyecto de huida de la Corte tenía como destino los Países Bajos y se ha puesto en duda la propia religiosidad de Don Carlos: ¿llegó a comulgar con el pensamiento protestante? La celeridad con que el rumor se difunde en Francia tras su apresamiento, el supuesto contacto con los rebeldes y una supuesta aversión al Santo Oficio, tras los autos de Valladolid de 1559, configurarían la imagen del Don Carlos luterano.

Es difícil saber los motivos que llevaron a Felipe II a ordenar la prisión de su hijo. La incapacidad de Don Carlos para el gobierno da validez a las versiones que nos hablan de un proceso interno del Consejo de Estado para retirarle la condición de heredero. Pero en ese supuesto media una circunstancia particular. Don Carlos era heredero por las Cortes de Castilla pero no por las de Aragón. Paradójicamente, sin embargo, el referente histórico que se busca para su procesamiento es el proceso aragonés contra Carlos de Viana de finales del siglo XV, totalmente ajeno a las leyes y costumbres de Castilla.

Lo que es incuestionable es que la prisión y el fallecimiento de Don Carlos se convirtió en un complicado asunto de Estado para Felipe II. No sólo le privaba de un heredero natural y directo sino que, además, el fantasma de su hijo, resucitado en los ataques panfletarios de sus enemigos, le acompañaría hasta el final de sus días.

El AÑO NEGRO de Felipe II

Presión turca en el Mediterráneo, rebelión de los moriscos en Granada, revuelta en los Países Bajos, infiltración de hugonotes por el Pirineo. EMILIA SALVADOR describe los quebraderos de cabeza de Felipe II en 1568, el año de la muerte de Don Carlos

El 24 de julio de 1568 moría en una dependencia del Alcázar de Madrid, en la que permanecía prisionero, el príncipe Carlos. El año en el que la Monarquía católica quedaba sin sucesor masculino estuvo marcado, además, por un cúmulo de acontecimientos de índole familiar y de naturaleza pública, en su doble vertiente, nacional e internacional.

Familia morisca, Granada, 1529. La rebelión de esta minoría en Las Alpujarras fue aplastada (*Weiditz Trachtenbuch*).

Después de la desaparición del príncipe y antes de concluir el fatídico año, la muerte arrebataba a otro miembro de la familia real, la reina Isabel de Valois, el 13 de octubre, en Aranjuez.

Prenda de la Paz de Cateu-Cambresis (1559), Isabel había nacido en 1546 en Fontainebleau, del matrimonio formado por el soberano francés Enrique II y su mujer Catalina de Médicis. Tras la boda, celebrada en París por poderes, en la que el duque de Alba asumió la representación del novio, la reunión de la joven esposa con el monarca español se produjo en Guadalajara a principios del año 1560, cuando Isabel contaba sólo 14 años frente a los 32 de su marido. Isabel de Valois se convertía de esta forma en la tercera esposa de Felipe II, después de los sucesivos enlaces de éste con la citada María de Portugal –quien sólo habia sobrevivido unos días al alumbramiento de su único hijo, Carlos– y posteriormente con la reina inglesa María Tudor, que falleció sin descendencia.

La historiografía europea de forma unánime –haciéndose eco en parte del criterio expresado por los embajadores franceses destacados a la Corte filipina– coincide en calificar este matrimonio como el más feliz de los cuatro contraídos por el monarca español. Fruto de él fueron las infantas Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela, que sobrevivieron a su madre. Todavía Felipe II contraería un cuarto y último matrimonio con Ana de Austria, de cuya unión nacería, entre otros, el hijo que le iba a suceder en sus vastos territorios, el futuro Felipe III.

Más allá de la esfera privada, el año 1568 tampoco puede calificarse de afortunado y distendido para la Monarquía que regía Felipe II. Hace ya años, Juan Reglá acuñó el concepto de "viraje filipino de 1568" para designar la adopción por parte del Rey Prudente de una política que implicaba la impermeabilización ideológica del país, como reacción a las presiones ejercidas simultáneamente desde el exterior por distintas fuerzas que, para complicar aún más la situación, podían contar en el interior de la Monarquía hispánica con quintas columnas dispuestas a prestarles su apoyo.

Un viraje polémico

No vamos a entrar en la polémica que la hipótesis del profesor Reglá desencadenó, ni en la conveniencia o no de adelantar la cronología del viraje filipino o de defender la existencia de un cambio más paulatino y, en consecuencia, menos brusco de lo que parece sugerir el término "viraje". Lo que interesa ahora es que Juan Reglá escogiese precisamente el año 1568 como fecha de especial significado. Los factores destacados por el citado historiador como desencadenantes de la crisis nos pueden servir de guía en este breve repaso de la difícil situación por la que atravesaba la Monarquía hispánica en la coyuntura de 1568. Al problema estructural de la presión de turcos y norteafricanos en el litoral mediterráneo de la Península Ibérica, se vinieron a sumar en la década de los sesenta del siglo XVI dos graves cuestiones, como las Guerras de Religión en Francia y la sublevación de los Países Bajos.

Mientras la actuación de los turcos otomanos y de los berberiscos contó con las simpatías, cuando no con la abierta solidaridad, de los moriscos valencianos y andaluces –protagonistas estos últimos de la famosa rebelión de Las Alpujarras, iniciada a punto de concluir el año 1568–, la de los protestantes franceses (los hugonotes) en la zona pirenaica pudo apoyarse en el bandolerismo catalán y aragonés. Por su parte, la sublevación de los Países Bajos absorbió, desde la segunda parte de la década de los años sesenta, una buena parte de la capacidad ofensiva de la Monarquía hispánica. La presión turco-berberisca y hugonote se ejerció fundamentalmente sobre las zonas fronterizas, mediterránea y pirenaica, en las que, por orden regia, se extremó la vigilancia para evitar contagios.

El peligro turco

Tanto las operaciones de saqueo a los mercantes en el mar o a las poblaciones del litoral, perpetradas por los berberiscos, como los encuentros armados con ellos y con sus correligionarios islámicos, los turcos, contaban al comenzar el reinado de Felipe II (1556) con una ya larga tradición. Se trataba de una confrontación reforzada por diferencias confesionales, en las que se basó el historiador francés Pierre Chaunu para llamar la atención sobre la existencia de una frontera de Cristiandad, es decir, la que separaba el mundo cristiano del islámico. Siempre en guerra abierta o latente, el enfrentamiento entre la Monarquía hispánica y el Imperio turco alcanzó momentos de especial gravedad, como el que sólo tres años antes de 1568 tuvo como escenario la isla de Malta. A pesar de la defensa que de ella hicieron los caballeros de la Orden de San Juan de Jerusalén, allí establecidos, no se pudo evitar la ocupación de algunos de sus baluartes defensivos por los otomanos. Sólo la intervención de la flota española al mando del virrey de Nápoles, que acudió en su au-

Los últimos momentos del príncipe Don Carlos, hijo de Felipe II, por Antonio Gisbert, 1858 (Madrid, Palacio Real, Patrimonio Nacional).

EMILIA SALVADOR ESTEBAN es catedrática de Historia Moderna de la Universidad de Valencia.

La matanza de la Noche de San Bartolomé, en 1572, es posterior a Don Carlos, pero resultado de la tensión religiosa en Francia que había tenido ecos en España (por François Dubois).

xilio, fue capaz de obligar a los turcos a retirarse (1565).

El abandono del sitio de Malta por la escuadra otomana no garantizaba, sin embargo, el cese de las razias cometidas por los norteafricanos en el mar y en la costa mediterránea ibérica, en donde una importante población morisca podía prestar cobertura a sus correligionarios islámicos. Porque, evidentemente, los moriscos o cristianos nuevos, pese a su teórica conversión al cristianismo, continuaban con sus prácticas islámicas.

Precisamente, para desterrarlas de forma definitiva, Felipe II renovó en 1566 los decretos de su padre Carlos V –nunca efectivamente aplicados–, que obligaban a los moriscos a abandonar sus costumbres para integrarse efectivamente en una sociedad dominada por los cristianos viejos. Fue la implantación de esta política de rigor la máxima responsable del alzamiento de los moriscos granadinos, que, iniciado en la Navidad de 1568, no concluiría hasta 1570, con la derrota y deportación de los insurrectos hacia tierras del interior.

Ya desde el primer momento, una auténtica psicosis colectiva se apoderó de muchos de los cristianos viejos de la zona meridional de la Península, afectados directamente por la revuelta, y, asimismo, de los del Reino de Valencia, obligados a convivir con una numerosa población morisca; temerosos unos y otros de que turcos y berberiscos acudiesen en auxilio de los sublevados, dando paso a una coalición panislámica de imprevisibles consecuencias. Aunque no es nuestra intención abordar el desarrollo de la sublevación de Las Alpujarras, ni sus consecuencias en el panorama internacional, por rebasar cronológicamente el citado año de 1568, resulta evidente que su inicio corresponde a él.

En otro orden de cosas, desde comienzos del siglo XVI, la expansión de las ideas del fraile agustino Martín Lutero inició la división de la Cristiandad europea entre católicos y luteranos o protestantes, enfrentados en una oposición sólo dialéctica al principio, bélica después. Porque todos los esfuerzos encaminados a lograr la reintegración cristiana mediante el diálogo –como los desplegados desde unos presupuestos esencialmente intelectuales por Erasmo de Rotterdam y sus seguidores; desde una formulación básicamente política por las sucesivas Dietas celebradas en el Imperio alemán; y desde una perspectiva fundamentalmente religiosa, por el Concilio de Trento en sus primeras fases–, acabaron por fracasar y de las palabras se pasó a las armas.

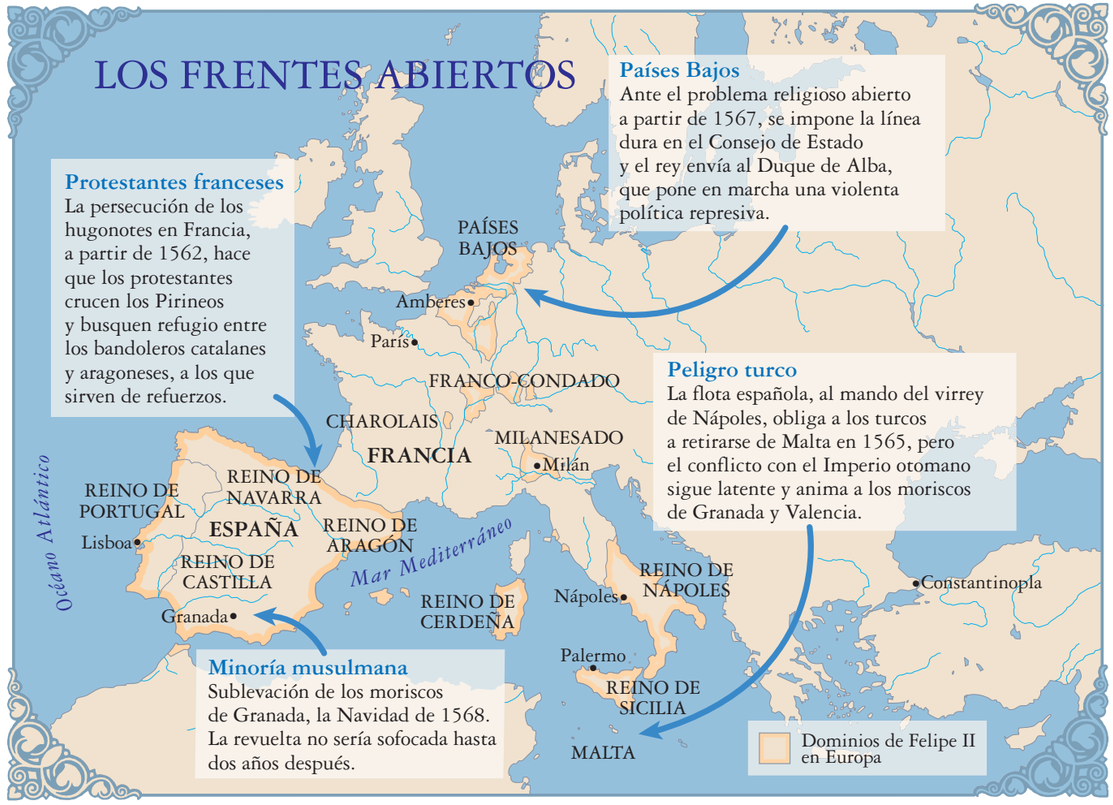
Felipe II encargó a **don Juan de Austria** calmar la revuelta en Flandes, momento que evoca este óleo de J. Villegas (col. part.).

La ruptura de la unidad cristiana en dos bloques irreconciliables dio pie al mencionado historiador Pierre Chaunu para agregar a la frontera de Cristiandad, entre cristianos y musulmanes, la frontera de Catolicidad, entre católicos y protestantes. Las primeras confrontaciones armadas entre éstos tuvieron lugar ya durante el reinado de Carlos V en el interior del Imperio alemán, cuna de Lutero y del luteranismo.

La influencia de Calvino

El hecho de que Felipe II no fuera elegido emperador a la muerte de su padre pareció alejar de su horizonte político el problema protestante. Pero la expansión del luteranismo y, sobre todo, del calvinismo –por el nombre de su fundador, el francés Jean Calvin, llamado Calvino, iniciador de una nueva generación protestante– por distintos países europeos afectó muy directamente a la Monarquía hispánica.

La difusión de las ideas calvinistas en el país vecino y el consiguiente aumento del número de hugonotes incrementó la oposición política y religiosa a la Monarquía francesa, hasta desembocar en las llamadas Guerras de Religión, auténticas confrontaciones civiles, que si bien contribuyeron a debilitar la posición internacional de la dinastía francesa de los Valois –tradicional enemiga de los Habsburgo–, crearon a la Monarquía hispánica la peliaguda cuestión de los hugonotes, que buscaban refugio en territorio hispano. Qué duda cabe de que la vecindad con Francia en estas circunstancias entrañaba un riesgo para el catolicismo hispano. Pero aún más dolorosa para Felipe II fue la difusión de las ideas protestantes entre sus propios súbditos de los Países Bajos, máxime cuando estas divergencias religiosas fueron instrumentalizadas por la oposición como


LOS FRENTES ABIERTOS
Países Bajos
Ante el problema religioso abierto a partir de 1567, se impone la línea dura en el Consejo de Estado y el rey envía al Duque de Alba, que pone en marcha una violenta política represiva.
Protestantes franceses
La persecución de los hugonotes en Francia, a partir de 1562, hace que los protestantes crucen los Pirineos y busquen refugio entre los bandoleros catalanes y aragoneses, a los que sirven de refuerzos.
Peligro turco
La flota española, al mando del virrey de Nápoles, obliga a los turcos a retirarse de Malta en 1565, pero el conflicto con el Imperio otomano sigue latente y anima a los moriscos de Granada y Valencia.
Minoría musulmana
Sublevación de los moriscos de Granada, la Navidad de 1568. La revuelta no sería sofocada hasta dos años después.
PAÍSES BAJOS
Amberes
París
FRANCO-CONDADO
CHAROLAIS
FRANCIA
MILANESADO
Milán
REINO DE NAVARRA
REINO DE PORTUGAL
ESPAÑA
Lisboa
REINO DE ARAGÓN
REINO DE CASTILLA
Granada
Océano Atlántico
Mar Mediterráneo
REINO DE CERDEÑA
Nápoles
REINO DE NÁPOLES
Constantinopla
Palermo
REINO DE SICILIA
MALTA
Dominios de Felipe II en Europa

elemento de cohesión y de reivindicación política.

Las Guerras de Religión afectaron a Francia entre la década de los años sesenta y la conclusión del siglo XVI. Se suele considerar la matanza de hugonotes de Vassy (marzo de 1562) como el comienzo de las mismas y la promulgación por Enrique IV del Edicto de Nantes (abril de 1598) como su conclusión. Durante esos 36 años, Francia tuvo que soportar ocho guerras, sólo interrumpidas por precarias paces, que acapararon toda la atención de la Monarquía gala. Debido a ello, la confrontación entre Habsburgos y Valois, que había caracterizado el reinado de Carlos V y los primeros años del de su hijo Felipe II, entró en una fase de distensión, beneficiosa para el monarca español, que incluso llegó a ejercer una especie de tutela –solicitada además por su suegro, Enrique II– sobre sus cuñados Francisco II (1559-1560), Carlos IX (1560-1574) y Enrique III (1574-1589), que se sucedieron en el trono francés. Sólo la propuesta de la candidatura de la hija de Felipe II, Isabel Clara Eugenia, al trono francés en 1593, ante el acceso al trono de San Luis del hugonote Enrique IV de Borbón, reanudaría la guerra armada entre la Monarquía hispánica y la francesa.

Pero esto corresponde a una cronología posterior. Con anterioridad, y como era obvio, la Monarquía hispánica defendió la causa católica en Francia, en sintonía con la postura habitualmente defendida por los sucesivos monarcas Valois. Ahora bien, la cierta retirada de la política exterior activa de Francia, demasiado preocupada por resolver su grave situación interna, tuvo una contrapartida indeseable para la Monarquía de Felipe II.

Huida por los Pirineos

La persecución de que fueron objeto los protestantes en Francia, en determinados momentos de la contienda, hizo que parte de ellos buscaran refugio en zonas próximas, atravesando las fronteras nacionales. Ello es lo que ocurrió en la frontera pirenaica franco-española. Una vez traspasada, los hugonotes se encontraban en una especie de tierra de nadie, habida cuenta del escaso control efectivo que las autoridades ejercían en muchas de estas zonas. Lugar de acogida de bandoleros que escapaban de la justicia, ofrecía un seguro refugio a los hugonotes franceses, que, aunque proscritos por otros motivos que los bandoleros catalanes y aragoneses, compartieron con ellos espacio y oposición al poder constituido.

Aunque sus divergencias ideológicas no facilitaban una alianza hugonotes-bandoleros, su coincidencia en el tiempo y en el espacio obligó a los virreyes de Aragón y de Cataluña a intensificar la dureza de las medidas represivas contra el bandolerismo, para evitar que aquellos parajes se convirtiesen en un centro de asilo para los hugonotes que huían de su país. Estaba en juego, no sólo la seguridad de aquellas zonas septentrionales de la Península, sino también la

Los condes de Egmont y Horn, decapitados según este óleo de Louis Gallait, se convirtieron en símbolo de la resistencia contra la tiranía española en Flandes (Tournai, Musée de Beaux Arts).

propia ortodoxia del catolicismo hispano, que hasta el momento –salvo casos aislados– se había visto libre –a diferencia de lo que había ocurrido en otros países, como Francia– de la contaminación de la ideología protestante. Los problemas de inseguridad de la zona podían, además, lesionar gravemente los intereses económicos de la Monarquía hispánica. Así, mientras Felipe II obtenía de Francia, a cambio de plata, oro para pagar a las tropas de los Países Bajos –como ha destacado el profesor Felipe Ruiz Martín–, los hugonotes del Sur de Francia trataban de interceptar los envíos de plata de España, en colaboración con los bandoleros catalanes.

En Flandes, de mal en peor

Los orígenes remotos de la rebelión de los Países Bajos pueden retrotraerse a los tiempos del emperador Carlos V, quien tuvo que reprimir en su momento la sublevación de Gante, su ciudad natal. Las cosas empeoraron con motivo del ascenso al trono de Felipe II. El hecho de ser extranjero y de tratar de alinear a los Países Bajos en la vía católica, junto con otros muchos motivos de descontento, como la negativa repercusión de la bancarrota de 1557, contribuyeron decisivamente al estallido de la revuelta.

A poco de concluir el Concilio de Trento (diciembre de 1563), Felipe II ordenó la implantación de los decretos tridentinos en los Países Bajos (agosto de 1564), en donde desde hacía tiempo las ideas reformistas habían ido ganando adeptos. Ante las reacciones en cadena que la orden regia provocó, fue enviado a España –con la aquiescencia de la gobernadora de los Países Bajos, Margarita de Parma, hermanastra de Felipe II– el conde de Egmont, para exponer directamente al monarca la situación real de los Países Bajos y tratar de que suavizara su política religiosa. Aunque, como era bastante habitual, Felipe II tardó en adoptar una resolución, ésta fue ordenar a la gobernadora el cumplimiento estricto de los decretos del Concilio de Trento (noviembre de 1565), a cuya tarea debía contribuir el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición.

Las primeras víctimas de la política represiva del duque de Alba en los Países Bajos fueron los condes de Egmont y Horn

Parte de la nobleza descontenta, proclive al calvinismo, suscribió el Compromiso de Breda (1566), tratando de ejercer una presión más coordinada contra la política filipina. Los compromisarios enviaron una embajada a Madrid y se presentaron ante la gobernadora Margarita de Parma con vestidos de mendigos, lo que les valió el calificativo de *gueux*. La furia iconoclasta que se desató a continuación dió paso al conflicto armado.

Una solución radical

Ante la situación creada en los Países Bajos, Felipe II consultó al Consejo de Estado la política a seguir. De las dos corrientes surgidas en su seno –la partidaria de adoptar una línea conciliadora y la proclive a acabar con la inserrección sin contemplaciones– triunfó la más radical. En consecuencia, fue enviado el duque de Alba, que llegó a los Países Bajos en el verano de 1567.

En lo que restaba de año, y a lo largo de todo 1568, el general en jefe del ejército y muy pronto gobernador, por la retirada de Margarita de Parma, llevó a cabo una política de represión, que proseguiría con distinta fortuna hasta su relevo, a fines de 1573. Víctimas de la misma fueron los condes de Egmont y de Horn, ejecutados públicamente en Bruselas el 5 de junio de 1568. En este sentido el año 1568 marca un hito y, asimismo, el principio de una larga trayectoria de exigencias para la Monarquía hispánica, que no concluiría más que con el reconocimiento de la independencia de las Provincias Unidas de Holanda a mediados del siglo XVII (Tratado de Münster, de 1648).

A ennegrecer más el sombrío panorama se sumó la situación económica. Aunque el siglo XVI en su conjunto se inscribe dentro de una etapa expansiva, a partir de comienzos de la década de los sesenta la economía de la Corona de Castilla, sobre la que gravitaba el mayor peso de la política exterior española, empezó a mostrar signos de cansancio.

Para concluir, se puede afirmar que la muerte del príncipe Carlos, lejos de constituir un hecho aislado, se inscribe en un año plagado de acontecimientos negativos para la familia y la Monarquía regida por Felipe II.

Felipe II, acompañado de Don Carlos, presencia un auto de fe, probablemente el de Valladolid de 1559, por Domingo Valdivieso, 1871 (Museo del Prado, depositado en la Universidad de Barcelona).

La construcción del MITO

Nada más morir, la figura de Don Carlos entró en la leyenda. Los protestantes lo arrojaron contra los católicos, el Barroco explotó el conflicto padre-hijo y los románticos quedaron fascinados por él. **Ricardo García Cárcel** expone todas estas versiones

Todo mito necesita, de entrada, asentarse sobre las sombras de una realidad brumosa, sobre incógnitas sin solución fácil, sobre interrogantes con respuesta insatisfactoria. La revisión de la historia oficial inmediata tras la muerte del príncipe –el informe de López de Hoyos– y la historia oficial menos inmediata –Cabrera de Córdoba, que sólo tenía seis años en 1568– alimentaron rumores, especulaciones, dudas... que se acabaron convirtiendo en el caldo de cultivo del que emergería el mito. Pero también todo mito parte de unas exigencias mediáticas en función de una ideología partidaria al servicio de la cual se instrumentaliza. En definitiva, el de Don Carlos fue un mito útil inicialmente al protestantismo europeo en confrontación con Felipe II.

Las primeras formulaciones del mito de Don Carlos provienen del protestantismo holandés y francés, que alimenta su estrategia de oposición a Felipe sobre dos fundamentos: la Inquisición y el *affaire* Don Carlos. Fue en los años ochenta del siglo XVI cuando se elaboró el mito de Don Carlos. El punto de partida lo significa Guillermo de Orange a través de su *Apología* (1581), trece años después de la muerte del príncipe. Orange plantea la tesis del parricidio –el supuesto asesinato de Isabel de Valois– con una explicación sentimental, en la que introduce como factor básico la pasión del Rey por su sobrina Ana de Austria. El texto merece ser reproducido en su literalidad, porque no hay que olvidar que la *Apología* jamás se ha editado íntegramente en castellano:

"¿No sabe que yo puedo echarle en cara que es marido de su propia sobrina? Sin duda dirá que lo dispensó el Pa-

Ricardo García Cárcel es catedrático de Historia Moderna, Universitat Autònoma de Barcelona.

pa: ¿empero tiene el Papa mas poder que la naturaleza que se resiste a toda alianza inzestuosa? Por otra parte ¿no es verdad que para lograr aquel matrimonio fue nezesario que iziese morir a su primera mujer, aquella mujer en la que tenia ijos, aquella mujer, ija i ermana de los reyes de Franzia? Yo no supongo temerariamente este echo, ni se le atribuyó por resentimiento: en Franzia esiste la prueba de esta aczion orrible de que le acuso.

Mas no fue este el único asesinato que el tal matrimonio le izo cometer, sino que sacrificó tambien a su ijo único, sin lo cual el papa no ubiera podido conzederle la dispensa, ni para obtenerla él abria alegado el pretesto de no tener eredero baron. A este matrimonio debe pues atribuirse la muerte del desbenturado don Carlos, a quien aunque se le notase algun defecto en su conducta jamás un crimen que pudiese justificar su condenazion, i aun menos escusar a un padre de aber empapado sus manos en la sangre de su propio ijo. I aun cuando éste ubiera sido realmente culpable ¿debió ser juzgado por frailes, por inquisidores, biles esclabos de la tiranía de su padre? A la nazion, a sus futuros basallos era a quien el rei debio acusarle, i ellos los únicos que le pudieron juzgar".

Parricidio por envenenamiento

En los mismos años ochenta, el protestantismo francés desencadenaría también toda una ofensiva sobre Felipe II, apoyándose en el tema de Don Carlos. Turquet de Mayerne y Agrippa d'Aubigné ratificaron por su parte la tesis del parricidio (por envenenamiento), planteando, por primera vez, la presunta relación del príncipe con el flamenco barón de Montigny y también la sospecha de su relación con Isabel de Valois. Incluso se vincula la muerte del príncipe Don Carlos con la de Isabel, a la que no se da gran importancia, como hija de la odiada Catalina de Médicis.

Don Antonio, Prior de Crato, el frustrado pretendiente luso al trono de Portugal, en su *Apología* (1587), insistió en la tesis del asesinato de Carlos por su padre. Los portugueses seguirán esta misma línea argumental. Merece especial recuerdo el texto *Anatomía de España*, del exiliado portugués José de Teixeira (1599), que plantea en toda su

La princesa de Éboli, a la que la leyenda atribuye amores con Antonio Pérez, anónimo (Col. Duque del Infantado).

crudeza el tema de la relación sentimental de Carlos con su madrastra, que él excusa y justifica, al tiempo que acusa a Felipe II de la muerte, también, de Isabel:

"Qué diremos de la horrible y nefanda muerte y turchesca matança de su unigenito hijo el ynfante Don Carlos, principe de tanto animo, y que tanta esperanza dava de sus hechos que assi como tomó el nombre del emperador su aguelo en la pila, assi le sobrepujaria, ya el gran emperador Carlomaño, estendiendo el ymperio español con m enoscabo de los moros y ynfieles. [...] es cierto que el Principe fue de noche en su cama arestado, sacado, y metido en estrecha prision, y con manos violentas por el consentimiento y mandamiento de su padre tyrinicamente muerto.

Aquellos que pretenden poner este principe en odio con las gentes osan dezir que durmio con la reyna su madrastra, con que secretamente dan a entender la justa ocasión que el rey tuvo para matarla, como luego despues de la muerte de su hijo hizo. Cierto uviera menester para la prueva de esto muchas y evidentes razones, que pienso ser ympossible hallarse ninguna de ellas; porque quando tal fuera, la poliçia y discrecion de dos tales principes bastara a cobrirlas. Confiesso que la Reyna siempre tuvo una manera de entretenimiento mas libre de los que la façion española requiere, como decendida de la sangre real de Francia, pero no es necessario por esto colligirla ninguna deshonrra".

Antonio Pérez echa leña al fuego

En el mismo momento histórico, otro exiliado, el bien conocido Antonio Pérez, involucrado directamente en las turbias historias de la vida sentimental del Rey, con su versión sobre el asunto dotaría de legitimidad todo lo que en los ambientes franceses e ingleses se decía sobre el príncipe. Aunque en las *Relaciones* (primera edición, 1594; segunda, 1599) no menciona directamente el tema, su aporte real a la consolidación del rumor sería trascendente.

En el siglo XVII, contemplamos las primeras reacciones defensivas respecto a las acusaciones contra Felipe II. El tacitismo otorgará toda la legitimidad al Rey para hacer lo que hizo. Los historiadores subsumirán el problema en la razón de Estado –venerada por los historiadores del siglo XVII– y desdramatizarán las acusaciones lanzadas sobre Felipe II. Historiadores franceses como Brantôme, De Thou y Matthieu se insertan en este contexto. De ellos, el que más se acerca a la tesis de la historia oficial es Matthieu. Significativamente, su obra fue traducida y editada en España, en 1788, por Valladares de Sotomayor. Brantôme y De Thou creen en los amores de Carlos hacia Isabel, aunque ésta no le correspondiera, y se solazan en subrayar la perversidad del príncipe que el Rey tuvo que paralizar.

En el siglo XVII, aparecen las primeras reacciones defensivas ante las acusaciones contra Felipe II por la muerte de su hijo

Burlas contra el padre

Brantôme escribe en sus *Memorias*: "Los que lo han conocido dicen que era muy variable y extraño, que tenía humores cambiados. Se lamentaba mucho de permanecer ocioso en España, quería guerrear en Flandes. Se burlaba de su padre hasta el punto de que hizo un día un libro de papel en blanco y puso al comienzo del libro: los grandes y admirables viajes del rey Don Felipe [...] Y así llenaba el libro de tales inscripciones, escrituras ridículas, burlándose así del rey su padre, de viajes, paseos que hacía por sus casas de descanso. (Entre las injurias que él reprochaba a su padre es que éste le había arrebatado a su mujer, Doña Isabel de Francia que justamente le había sido dada por acuerdo de paz, lo que le disgustó mucho porque la amó siempre y la honró hasta la muerte; él decía mucho que se la había robado). Si hubiera vivido habría hecho encolerizar a su padre porque era muy bizarro, amenazaba, golpeaba, injuriaba. Don Ruy Gómez, su tutor siempre le dijo que no podía soportar esta carga".

Brantôme destaca el carácter violento de Don Carlos: "Trataba muy mal a cualquier vella mujer que se encontrara por la calle. El las tomaba, besaba por la fuerza delante de todo el mundo. Las llamaba putas, perras y otras injurias. Las hacía mil afrentas porque tenía una opinión muy mala de todas las mujeres, sobre todo de las grandes damas a las que tenía por hipócritas, tratantes en amor. Ante la reina, él cambiaba de humor y de color. La honraba y respetaba. Era un terrible animal. Si hubiera vivido, hubiera puesto a su padre en situaciones difíciles. Algunos han sospechado que era de la religión de Lutero y Calvino y que se entendía con los protestantes que le prometían el Imperio y los Países Bajos, porque ambición no le faltaba. Se dize que se había hecho un libro en España de sus bizarrías".

Los italianos en el siglo XVII reiterarán la argumentación de la razón de Estado. La figura clave de la historiografía italiana del siglo XVII es el milanés Gregorio Leti, que editó en Ginebra, en 1679, su célebre *Vita di Filipo II,* donde aplica el principio del relativismo al análisis histórico.

La leyenda sobre Don Carlos sostiene que el príncipe estaba profundamente enamorado de la nueva esposa de su padre, **Isabel de Valois,** por Antonio Moro (Madrid, col. part.).

Carlos, para Leti, era rebelde y violento y, desde luego, conspiró con la rebelión de Flandes. El Rey lo tenía alejado del gobierno porque lo veía demasiado impaciente para participar en él. Temía el hipotético matrimonio con Ana de Austria, porque ella podía relanzar su soberbia. Respecto a los supuestos amores del príncipe con Isabel, afirma que no hay ninguna prueba. El enfrentamiento del padre y el hijo es esencialmente político. Leti introduce el Consejo de Conciencia y la Inquisición como responsables últimos de la conducta de Carlos y se interesa especialmente por la contradicción entre la justicia humana, que exige piedad, y la divina, que representa el deber del soberano que no admite matices ni cortapisas. Esta contradicción, propia del tacitismo, la asumirá años más tarde Alfieri.

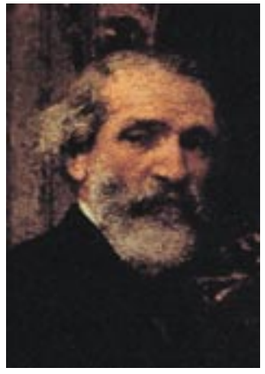
Lope de Vega y Calderón

Será la literatura la que en el Barroco dé un paso adelante. Los escritores españoles se sintieron fascinados por el tema, pero insistieron sobre todo en el ámbito específico del conflicto padre-hijo, conflicto ente espíritu conservador-espíritu rebelde. Sólo plantea el problema sentimental Lope de Vega en *El castigo sin venganza* (1631), que sitúa el escenario en Ferrara con el duque, su hi-

A **Otway** se debe la primera incursión inglesa en el mito.

Guillermo de Orange lanzó el mito de Don Carlos en 1581.

En la versión de **Schiller**, Felipe II era una víctima de la fatalidad.



En la obra de **Verdi**, Don Carlos supedita su amor a la libertad.

jo Federico y la esposa de aquél, involucrados en un conflicto en el que el hijastro matará involuntariamente a la madrastra, con el padre de presunto vengador.

Calderón, en *La vida es sueño* (1630), reproduce el enfrentamiento entre padre e hijo. Será Ximénez de Enciso el que se atreva a abordar abiertamente un drama con el título de *Don Carlos* (1634). Para Enciso, Don Carlos está locamente enamorado de Violante, hija del duque de Alba, e intriga a través de Montigny contra su padre. Al final Ximenes de Enciso no lo hace morir, cae de un balcón y la obra acaba con una escena de evocación casi metafísica, en la que se oye gritar al pueblo: "¡Viva Carlos!" Aunque el rey aparece como avaro, cruel, ambicioso, la realidad es que Enciso explica este carácter en función de la obligación de la razón de Estado: "Siéntome, Carlos, cansado / y viejo, pero la cama / de un Rey es este bufete / duro campo de batalla / No me recogí en mi vida / hasta dexar despachadas / las consultas."

En la misma línea se mueven otros dramas, como *El Segundo Séneca de España,* de Pérez de Montalbán (1638-9), y *El Señor Don Juan de Austria,* del mismo autor.

La literatura europea despolitizará el tema y se adentrará en el problema sentimental. Los escrúpulos y limitaciones de los dramaturgos españoles serán desbordados por Saint-Réal en su célebre novela *Don Carlos* (1672). Este escritor, un piamontés de cultura francesa, mezcla en la obra a la princesa de Éboli, Antonio Pérez, Juan de Austria, los intrigantes, y plantea el conflicto en términos sentimentales, liquidando a Don Carlos en forma de suicidio, abriéndose las venas, ante la presión inquisitorial. La muerte de Don Carlos traerá consigo la de Isabel (envenenada por el Rey, enamorado de la Éboli) y luego se suceden las muertes de Ruy Gómez, de don Juan de Austria (por parte de la Éboli), y de la Éboli; Pérez logra huir y el Rey muere con una úlcera dolorosa. El destino marca trágicamente todas las vidas.

La Francia ilustrada fue sensible al tema de Don Carlos, pero la presión de Aranda logró retrasar su acceso a los escenarios

La obra fue traducida al italiano en 1680, al español en 1796, al alemán en 1784 y al inglés en 1674. Thomas Otway escribiría su obra de teatro *Don Carlos,* en 1676, con enorme influencia de Saint-Real –a quien posiblemente llegó a conocer– y que supone la primera intervención inglesa en la elaboración del mito de Don Carlos. Otway se centró más que Saint-Real en el problema sentimental que sitúa en el cuadrado: Rey-Don Carlos-Isabel-princesa de Éboli. No se interesa por aspectos que había tratado Saint-Réal, como las intrigas de la Inquisición y del duque de Alba, no sale Pérez ni existe como telón de fondo la insurrección de los flamencos. El tema central y único es el amor fatal y los celos. Los impúdicos Don Juan y la Éboli son el contrapunto perfecto de la limpieza de la relación sentimental de Carlos e Isabel.

Típico y tópico tirano

El Rey también es distinto. En Saint-Réal, es el típico y tópico tirano frío, calculador. En Otway, es inconsciente y mutable, con múltiples incoherencias en sus actitudes. Isabel, en Saint-Réal, es exquisitamente delicada e ingenua. En Otway, es una víctima de su propia incontenible pasión amorosa. En definitiva, lo que en Saint-Réal es lógico y sistemático, en Otway es paradójico y violento. La novela y el drama se parecen en el abundante número de muertes a lo largo de la última parte de los textos. La vinculación de la obra de Otway con Shakespeare parece evidente: no sólo con el Otelo celoso, sino con el libertino Edmondo de *El rey Lear.*

La Francia ilustrada también fue sensible al tema de Don Carlos. La obra más significativa al respecto es el *Don Carlos* del marqués Augusto Luis Ximenes, un volteriano que la escribió en 1761; fue editada treinta años más tarde y contó con la dura oposición del conde de Aranda, embajador en Francia, que, fiel a sus criterios patrióticos ya reflejados en la polémica con Masson, intentó bloquear la representación de la obra, que no se estrenó hasta 1820. En la misma línea hay que citar la novela dramática de Sebastián Mercier *Portrait de Philippe II roi d'Espagne,* que contrapone a Felipe II, como la representación de la tiranía cruel y refinada, con Don Carlos, como el símbolo de la rebeldía y libertad, prefigurando ya la mitología romántico liberal.

Antonio Pérez, liberado de la cárcel de Zaragoza 1591. El secretario de Felipe II contribuyó mucho a la Leyenda Negra (por Manuel Ferrán, Museo del Prado, depositado en el Museo Balaguer).

La sublimación romántica literaria del mito de Don Carlos es anterior al siglo XIX. La tríada que ha asentado la visión romántica de nuestro personaje es la que forman Alfieri, Schiller y Verdi.

El *Filippo* de Alfieri se edita en Siena, en 1783. La trama en Alfieri se reduce a la confrontación triangular Rey-Carlos-Isabel, con el resto de personajes condenados a papeles secundarios. El Rey de Alfieri es tirano, cruel, mezquino; Isabel es, ante todo, ingenua; Carlos es honesto y coherente. Pérez es un personaje positivo: intenta salvar a Carlos en el Consejo de Conciencia. De hecho, es un confidente, como Elvira lo es de la Reina. Gómez es absolutamente ruin: mata a Pérez y, con esa misma espada, Carlos pone fin a su vida. Isabel se suicida con el puñal del rey. El drama parece el fruto de una estrategia tramposa del perverso rey respecto a sus inocentes víctimas.

En el año en el que publicaba Alfieri su obra, Schiller empezó a escribir su clásico *Don Carlos,* que terminaría cuatro años más tarde. Schiller era buen conocedor de la obra de Brantôme, Saint-Réal y Otway. Parece que tenía gran afición a la Historia y había escrito una *Historia de la sublevación de los Países Bajos.* El Rey en Schiller es ante todo, desgraciado, víctima de la fatalidad; suscita no odio, sino compasión. Don Carlos e Isabel se parecen a los personajes de Alfieri, pero aquí se trascendentalizan los papeles del marqués de Poza, el amigo del príncipe, ciudadano del mundo, anticipo del hombre moderno, al que Levi compara con Marat y que Mazzini admiraba; el confesor fray Domingo, terriblemente perverso, que le llega a insinuar al Rey que su hija Isabel Clara Eugenia es bastarda; la princesa de Éboli, que ama a Carlos, es desdeñada y le traiciona, pero cuando es apresado, reacciona, echándose a los pies del Rey. Schiller acaba la obra con la taxativa frase de Felipe: "¡Cardenal! Yo he cumplido mi promesa, cumplid vos con vuestro deber".

La ópera de Verdi, estrenada en 1867 con libreto de Mery y de Loche, debe mucho a Schiller, pero con matices nuevos, en buena parte configurada por el aluvión de textos dramáticos que circularon por los países europeos en la primera mitad del siglo XIX y, en parte, por la incidencia de la coyuntura política italiana del *Risorgimento.* Es significativo que Carlos supedite su amor a la consecución de la libertad. El drama toma cuerpo, ya no sólo en la relación triangular, sino en el contexto de las obligaciones de un líder revolucionario ante su pueblo.

Románticos contra Felipe II

¿Qué posición adoptaron ante el tema de Don Carlos los historiadores del siglo XIX? El romanticismo liberal impregnó a toda la historiografía europea de la primera mitad del siglo XIX, que hizo gala de una visión crítica contra Felipe II. El romanticismo afectó también a la historiografía española que, sin embargo, se movió siempre entre los estrechos márgenes que le dejaban las limitaciones del Estado liberal español.

En la Europa de la segunda mitad del siglo domina el criterio positivista documentalista que había iniciado Ranke (1839) y del que fue maestro el belga Gachard. Su obra sobre Don Carlos continúa siendo referente para toda la historiografía posterior (muerte natural de Don Carlos, fascinación inmadura de éste por Isabel, su personalidad de enfermo neurótico, crueldad moral del padre respecto al hijo...).

De hecho, hoy sigue siendo la obra de Gachard el mejor referente de la historiografía de Don Carlos. Se ha avanzado muy poco sobre el conocimiento del personaje. En España, sólo merece mención el viejo trabajo de Elías Tormo *La tragedia del príncipe Don Carlos y la trágica grandeza de Felipe II.* La historiografía española nunca ha superado los escrúpulos sobre el tema de Don Carlos y ha asumido la visión de Gachard como más creíble que la historia oficial elaborada en el momento de los hechos. Gachard enterró el mito y éste hoy parece descansar en paz.

PARA SABER MÁS

Fernández Álvarez, M., *El príncipe rebelde. Novela histórica*, Salamanca, 1996.
Fernández Álvarez, M., *Felipe II y su tiempo*, Madrid, Espasa Calpe, 1998.
Juderías, J., *La leyenda negra,* Valladolid, Junta de Castilla y León, 1994.
Gachard, P., *Don Carlos y Felipe II*, Madrid, Swan, 1984 (1ª ed. de 1863).
García Cárcel, R. *La Leyenda Negra*, Madrid, Alianza, 1992.
Kamen, H., *Felipe de España*, Madrid, Siglo XXI, 1997.
Kamen, H. y Pérez, J., *La imagen internacional de la España de Felipe II*, Univ. de Valladolid, 1996.